

XV

Una noche cruda y fría de fines del mes de Noviembre, estando Holmes y yo sentados en su habitación de Baker Street, uno á cada lado de la chimenea, en la que ardía un alegre fuego, pude convencerle para que hablase del asunto Baskerville. Estaba mi amigo de excelente humor por el buen éxito que había alcanzado en una serie de causas importantes, y no vaciló en acceder á mi pretensión.

Con la mayor paciencia había esperado aquella ocasión, porque bien sabía yo que no permitía se disrajese su imaginación del asunto del presente para fijarla en el pasado; pero aquella tarde nos habían visitado sir Henry y el doctor Mortimer, los cuales se hallaban en Londres de paso para el largo viaje que los médicos habían recomendado al primero para que recobrase la salud, y parecía natural que hablásemos de los Baskervilles.

—Toda aquella serie de acontecimientos—dijo Holmes—considerada desde el punto de vista del hombre que se hacía llamar Stapleton, fué harto sencilla; más para nosotros que, al principio, no teníamos medio alguno de conocer sus fundamentos, y que sólo pudimos averiguar una parte de los he-

chos, se presentó el caso rodeado de grandes complicaciones. He tenido dos largas entrevistas con mistress Stapleton, y después de ellas ha quedado todo tan claro que no existe ni el menor misterio para nosotros. En mi lista de causas célebres encontrará usted algunos apuntes y notas referentes al caso.

—¿Tendría usted la bondad de hacerme una relación de los hechos?

—Con mucho gusto, aunque no respondo de recordarlos todos. Una intensa concentración de ideas hace que se borren de la imaginación las cosas pasadas; sin embargo, lo referiré todo lo mejor que pueda, y si de algo me olvido, indíquemelo usted.

Mis investigaciones me han demostrado, sin duda alguna, que el retrato de familia no mentía y que aquel individuo es un Baskerville: era hijo de Roger Baskerville, el hermano menor de sir Charles, que huyó con muy mala reputación á América, donde se creía que había muerto soltero, pero no fué así. Se casó y tuvo un hijo, ese individuo que hemos conocido con el nombre de Stapleton; pero que no se llamaba así, sino como su padre.

Llegamos ahora á una parte de su vida que comienza á revestir interés. El hijo se casó con Beryl García, una de las bellezas de Costa Rica, y después de hurtar una respetable cantidad del Tesoro público, tomó el nombre de Vandeleur y huyó á Inglaterra, donde estableció un colegio en el Este de Yorkshire.

El motivo de haber adoptado tal medio de vivir fué porque en el viaje desde América á Inglaterra hizo conocimiento con un profesor que estaba tísico, llamado Fraser, cuyo talento le sirvió para el éxito de su empresa. Pero el profesor murió, y el colegio, que había comenzado bien, fué decayendo y desacreditándose, hasta que acabó de muy mala manera.

Los Vandeleur vieron entonces que era conveniente cambiar de nombre; tomaron el de Stapleton, y él trajo los restos de su fortuna, los planes para el porvenir y sus aficiones entomológicas al Sur de Inglaterra. En el Museo Británico he sabido que se le reconocía como autoridad en la materia, y que se ha dado el nombre de Vandeleur á cierta especie de mariposa descubierta por él en los primeros días de su estancia en Yorshire. Y ahora empieza la parte más interesante para nosotros.

Sin duda el hombre había hecho sus investigaciones y sabía que sólo dos vidas mediaban entre él y una inmensa fortuna. Cuando se presentó en Devonshire, su resolución y sus planes no debían estar muy maduros; pero el hecho de haber llevado á su mujer en concepto de hermana prueba que desde el principio pensó hacer mal.

Ya había concebido indudablemente la idea de hacer de ella atracción para los propietarios del castillo, aunque tal vez no estaría muy seguro en cuanto á la realización de los detalles del proyecto.

Pensaba á todo trance hacerse dueño de la pose-

sión y estaba dispuesto á correr cualquier riesgo, á valerse de cualquier medio, con tal de alcanzar lo que se proponía. Lo primero que hizo fué establecerse lo más cerca posible del castillo de sus antecesores, y después entablar íntima amistad con sir Charles y con la vecindad entera.

El mismo sir Charles le refirió la leyenda de la familia, preparando así el camino para su muerte. Stapleton, como seguiré llamándole, sabía que el barón padecía una afección cardiaca y que un susto violento le privaría de la vida. Esto se lo dijo el doctor Mortimer. También supo que sir Charles era supersticioso y que tomaba la leyenda muy en serio. Su ingeniosa imaginación no tardó en concebir la manera de dar muerte á sir Charles sin que nadie pudiera, ni remotamente, fijarse en él como autor del crimen.

Una vez concebida la idea pasó á realizarla con los mayores miramientos. Un criminal vulgar se hubiera conformado con un simple porrazo. El proyecto de hacerle parecer diabólico fué un rasgo de ingenio suyo. Compró el animal en casa de Ross y Mangles, vendedores de perros en Fulheno Road, Londres. Era el más grande y el más feroz que jamás habían tenido. Le trajo consigo por la línea férrea de North Devon y recorrió el páramo á pie á fin de llevarle á casa sin ser visto. Antes de esto había descubierto ya la manera de penetrar en el Charco de Grimpen; de modo que tenía listo el escondite para encadenarlo. Allí lo encerró y esperó la oca-

sión de hacer uso de su ferocidad, ocasión que tardaba en llegar. No era posible convencer á sir Charles para que saliera de noche al páramo. Stapleton anduvo por allí muchísimas veces con su perro, pero inútilmente. En algunas de estas excursiones nocturnas fué visto por los labriegos, lo cual sirvió de confirmación de la antigua leyenda.

Stapleton llegó á tener esperanzas de que su mujer atraería á sir Charles á su ruina; pero en esto se mostró ella inflexible, negándose rotundamente á ayudarle en su infame propósito. Ni con amenazas ni con golpes pudo convencerla, y por algún tiempo Stapleton no pudo dar un paso en el camino del crimen que había emprendido, hasta que, por fin, el mismo sir Charles, que le había tomado cariño, allanó las dificultades con que tropezaba nombrándole limosnero suyo en el caso de Laura Lyons.

Presentándose como hombre soltero adquirió gran prestigio sobre ella y la prometió hacerla su esposa en cuanto consiguiera el divorcio de su marido, cuando de repente tropezó con otra dificultad: Mortimer aconsejaba á sir Charles que abandonara el castillo por una temporada.

Éra preciso realizar el plan inmediatamente, no fuera que la víctima se le escapara de las manos. Así discutiendo, convenció á Laura Lyons para que escribiese una carta á sir Charles rogándole que la esperase en el portillo del páramo la víspera de salir para Londres. Hecho esto, volvió á inducirla para que no acudiera á la cita.

Al regresar por la tarde de Coombe Tracey tuvo tiempo de recoger el perro y untarle con la mezcla infernal que había preparado, llevándole luego á la puerta, donde tenía poderosos motivos para creer que estaría esperando sir Charles. El perro, azuzado por su amo, saltó la verja y persiguió al desventurado sir Charles, el cual salió escapado y dando gritos por la Avenida de Tejos. En aquel lúgubre y siniestro túnel sería, sin duda, muy imponente la vista del enorme animal, negro y lanzando llamas de fuego por la boca y los ojos.

Al final del túnel cayó sir Charles muerto á consecuencia de un ataque al corazón. El perro, al correr por el sendero, no se había apartado del trozo cubierto de hierba, y por esta razón no dejó huella ninguna de sus pisadas. Al verle tendido, el animal se acercó, sin duda, para examinarle; pero comprendiendo que estaba muerto, dió media vuelta, y entonces fué cuando dejó las marcas observadas por el doctor. Stapleton se llevó al animal, volvió á ocultarle en la choza del Charco de Grimpen y no quedó allí otra cosa que un cadáver y un misterio inexplicable para la justicia y aterrador para el pueblo. Entonces fué cuando el caso llegó á nuestra noticia.

Fijese bien, Watson, en la diabólica astucia con que fué meditado y ejecutado el crimen. Aun sabiendo todo esto, ninguna prueba existía contra el malvado, cuyo cómplice no habría de descubrirle jamás. Las dos mujeres, tanto mistres Stapleton como Laura Lyons, comenzaron á recelar de Staple-

ton. La primera sabía que no quería bien á sir Charles y también que existía el perro. Laura ignoraba estas dos cosas; pero se impresionó mucho al saber que la muerte había ocurrido precisamente á la hora en que ella había dado la cita, de la cual nadie tenía conocimiento más que Stapleton. Sin embargo, como las dos estaban en su poder, él no las temía. En la primera parte de su plan había alcanzado un éxito, pero faltaba la más difícil.

Es posible que Stapleton no supiera que existía otro heredero en el Canadá; pero se enteró muy pronto por el doctor Mortimer, así como también de todos los detalles referentes á la llegada de sir Henry.

Creo que la primera idea de Stapleton fué que el joven heredero recibiera la muerte en Londres mismo, sin que fuese siquiera á Devonshire; pero desconfiaba de su mujer desde el día en que se negó á ayudarle para atraer á sir Charles, y no se atrevió á dejarla sola; por eso la obligó á venir á Londres con él. He sabido que se hospedaron en el hotel Mexborough, precisamente uno de los que visitó un agente mío, y que allí tuvo encerrada á su mujer mientras que él, disfrazado con una barba negra, siguió al doctor, primero á Baker Street, luego á la estación y después al hotel Northumberland.

Su mujer tenía alguna idea de las intenciones que abrigaba; pero la inspiraba tanto miedo, miedo basado, desgraciadamente, en el trato más brutal que es posible concebir, que no se atrevió á enviar ni el

menor aviso al hombre cuya vida estaba en peligro.

Ella sabía que si el aviso llegaba á manos de Stapleton, su misma vida duraría muy poco; hasta que, por último, y como ya tenemos noticia, se la ocurrió recortar las palabras impresas que formarían el recado y dirigirlo disimulando su letra. Llegó á manos de sir Henry y le dió á conocer el peligro que corría.

Era muy necesario que Stapleton se proporcionase algún objeto de sir Henry para que, en el caso de que se viera obligado á hacer uso del perro, tuviera en sus manos el medio de darle la pista. Con su actividad característica se propuso alcanzarlo en seguida, y, sin duda, por medio de propinas, obtuvo la ayuda de algún criado ó criada del hotel donde se hospedaba sir Henry para que le prestara sus servicios y se apoderase de la bota. Pero quiso el destino que ésta fuera nueva, y por consiguiente, inútil para sus propósitos. Entonces mandó devolverla y coger una vieja, incidente harto significativo para mí, toda vez que fué prueba de que, en realidad, teníamos que habérnoslas con un perro. Ninguna otra explicación podía darse al interés de obtener una bota vieja, despreciando la nueva. Cuanto más original y más grotesco sea un incidente, más estudio merece, y aquel que á primera vista parece complicar más una causa es generalmente el que más facilidades ofrece para aclararla.

A la mañana siguiente recibimos la visita del doctor y sir Henry, seguidos siempre de Stapleton en

su coche. A juzgar por el conocimiento que tenía de mis habitaciones y de mi presencia me inclino á creer que la carrera criminal de Stapleton no está limitada al asunto Baskerville. En la provincia de Devonshire hubo en estos últimos tres años cuatro grandes robos, sin que se haya podido dar con el ladrón. No me cabía duda de que Stapleton reconstituía de esta manera los restos de su fortuna y que hace tiempo venía siendo hombre peligroso y de sumo cuidado.

Buena muestra nos dió de su sagacidad aquella mañana en que se escapó tan hábilmente en las calles de Londres, y también quedó comprobada su audacia al enviarme mi propio nombre por medio del cochero. Desde aquel momento comprendió que yo me había encargado del asunto y que no podía haer nada allí. Por eso volvió á Dartmoor para esperar la llegada de sir Henry.

—Un momento, Holmes—exclamé.—Se explica usted muy bien y veo clara, como la luz del día, la serie de incidentes que después ocurrieron. Pero hay una cosa que no comprendo, y es ésta: ¿quién cuidaba del perro mientras Stapleton se hallaba en Londres?

—He estudiado también ese punto con atención, y me he convencido de que Stapleton tenía algún confidente, aunque no es probable que le diese cuenta de todos sus planes. Había en Merripit House un viejo criado llamado Antonio; pues bien, ha desaparecido para huír, sin duda, del país. Este hombre,

así como mistress Stapleton, hablaba el inglés perfectamente, aunque con un acento particular. Yo mismo he visto á ese viejo atravesar el Charco de Grimpen por el sendero trazado por Stapleton. Lo más probable es que sería el encargado de cuidar al animal durante la ausencia de su amo, aunque tal vez no supiera para qué estaba destinado.

Los Stapleton, pues, como iba diciendo, volvieron á Devonshire, á donde les siguieron ustedes á los pocos días. Ahora dos palabras acerca de la situación en que me encontraba yo en aquel momento. Acaso recordará usted que, cuando examiné el papel sobre el cual iba escrita la famosa advertencia, lo coloqué muy cerca de los ojos. Entonces noté un olor casi imperceptible á la esencia llamada jazmín blanco. Hay setenta y cinco clases de esencia, y es muy necesario que el investigador de crímenes sepa distinguirlas. El perfume sugirióme la idea de la presencia de una señora, y mi pensamiento voló inmediatamente á los Stapleton. De esta manera estaba seguro de la existencia del perro y había adivinado quién era el criminal antes de ir á Devonshire.

Me propuse vigilar á Stapleton; pero en seguida comprendí que no podría hacerlo viviendo con sir Henry y con usted, porque mi presencia le obligaría á ser más cauto y más astuto. Así que engañé á todos, incluso á usted, y fui á Devonshire cuando todo el mundo me creía en Londres. No pasé tantas fatigas como usted se imaginó, aunque jamás hubiera permitido que detalles tan insignificantes embarra-

zasen la investigación de un crimen. Pasé la mayor parte del tiempo en Coombe Tracey, haciendo uso de la choza del cerro sólo cuando era absolutamente necesario estar en el campo de batalla. Cartwright me acompañaba, y con su disfraz de pastor me prestó muy buenos servicios, trayéndome el alimento cotidiano y ropa limpia. Mientras yo vigilaba á Stapleton, él le vigilaba á usted; así que pude atar todos los cabos á mi gusto.

Ya dije antes que sus relatos llegaban á mis manos rápidamente, porque, atendiendo mis instrucciones, me los enviaban en cuanto se recibían en Baker Street. Me fueron de grande utilidad, sobre todo aquel extracto de biografía de Stapleton, que por equivocación le dió á usted. Con aquel dato pronto pude identificar tanto á él como á ella, y en seguida comprendí la situación. La causa se había complicado mucho con el incidente del presidiario y el parentesco de los Barrymore con él. Esto también lo aclaró usted de un modo muy satisfactorio, por más de que yo, con mis propias observaciones, había formado el mismo juicio.

Cuando me descubrió usted en el páramo conocía yo el asunto perfectamente con todos sus detalles, pero todavía era imposible formar un proceso para el Jurado. Ni nos ayudaba gran cosa el atentado de Stapleton contra sir Henry, que le costó la vida al desgraciado presidiario; nada podíamos probar. Parecía no quedar otro medio que el cogerle *in fraganti*, y para conseguir esto tuvimos que valernos

de sir Henry, solo y sin defensa ninguna, á fin de tentar á Stapleton.

Así lo hicimos, á costa de una terrible sacudida para nuestro amigo; pero logramos completar la causa y decretar la ruina de Stapleton. Que sir Henry se haya visto en semejante trance fué, lo confieso francamente, una torpeza mía; pero, ¿quién iba á creer que el perro ofrecería tan horrible y espantoso cuadro? Tampoco podíamos saber que se presentaría la niebla, la cual apenas nos dió tiempo para hacer frente al peligro.

Gracias que la enfermedad de sir Henry, según me aseguran el especialista y el doctor Mortimer, no será muy larga. Un viaje con algunas distracciones bastará, no solo para que recobre la salud, sino también la delicadeza de sus sentimientos heridos. El cariño de nuestro amigo hacia la señora era leal y sincero, y lo que más lamenta es que le haya engañado miserablemente. No cabe la menor duda de que Stapleton ejercía grande influencia sobre ella. Podía ser cariño, podía ser temor ó bien las dos cosas, ya que no son incompatibles; pero sea lo que fuese, el hecho es que estaba completamente entregada á él, y que, accediendo á sus deseos, consintió en pasar por su hermana, aunque éste no llegó á conseguir que fuese cómplice directa del crimen.

Ella estaba dispuesta á prevenir á sir Henry siempre que pudiera hacerlo sin comprometer á su esposo, y más de una vez lo procuró. Se conoce que Stapleton fué capaz de sentir celos; porque cuando vió

que sir Henry hacía la corte á su mujer, aunque esto formaba parte de sus planes, no pudo reprimir su disgusto, dejando adivinar la perversidad de su alma.

Aparentando proteger las relaciones tenía la seguridad de que sir Henry iría con frecuencia á su casa, y que más pronto ó más tarde se presentaría la suspirada ocasión, mas parece que el mismo día de la tragedia su mujer se puso de repente en contra suya. Se había enterado de la muerte del presidiario, sabía que el perro se hallaba en la casa del huerto y que sir Henry comía con ellos aquella noche. Acusó á su marido, diciéndole que estaba preparando el crimen, y con tal motivo, tuvieron una escena violentísima, en la que salieron á relucir los celos.

Todo el amor de Stapleton trocóse inmediatamente en odio, porque comprendió que le vendería, y para impedir que pudiera comunicarse con sir Henry, la ató á la viga tal y como nosotros la encontramos. Tal vez llegó á creer que, cuando todo el mundo considerase la muerte de nuestro amigo como resultado de la maldición de la familia Baskerville, podría reconquistar el cariño y la fidelidad de su mujer.

Y ahora, mi querido Watson, debo decirle que, sin referirme á mis notas y apuntaciones, no puedo darle cuenta más detallada de un asunto tan singular. Creo que lo he explicado todo.

—Supongo—observé—que Stapleton no creería

ni por un momento que sir Henry moriría de miedo como sir Charles.

—Aunque no muriese de miedo precisamente, el horrible cuadro que ofrecía el perro era harto espantoso para que nadie pudiera hacer resistencia.

—Sólo queda un detalle. Si Stapleton hubiese llegado á posesionarse del castillo, ¿cómo hubiera explicado el hecho de que él, el heredero, había vivido bajo otro nombre tan cerca de la propiedad? ¿Cómo hubiera podido hacer reclamación ninguna sin haber infundido sospechas, dando lugar á dudas?

—Esa hubiese sido una dificultad enorme, y creo, Watson, que exige usted demasiado al pretender que yo la resuelva. El pasado y el presente caben en el campo de mis investigaciones, pero es muy difícil saber lo que haría uno en el porvenir. Mistress Stapleton había oído á su marido hablar de esto varias veces, y parece que tenía tres proyectos. Reclamar la herencia desde el Africa del Sur, probar su identidad ante las autoridades británicas y obtener la fortuna sin venir á Inglaterra. Podía adoptar un disfraz durante el tiempo que necesitara estar en Londres, y por otra parte podía encontrar un cómplice á quien facilitar los documentos y las pruebas para que se presentara como heredero, reteniendo una parte de la herencia para sí. Conociéndole como hemos tenido ocasión de conocerle, no podemos dudar de que hubiese encontrado alguna manera de salir del compromiso.

Y ahora, mi querido amigo, después de siete se-

ARTURO CONAN-DOYLE

manas de trabajo duro y constante, creo que, por lo menos una noche, tenemos derecho á fijar en cosas más agradables la imaginación. Tengo un palco para *Los Hugonotes*. ¿Ha oído usted cantar á De Resykes? Bueno, pues haga usted el favor de prepararse para dentro de media hora, y, de camino para la ópera, nos iremos á comer á casa de Marcini.

FIN DE «EL PERRO DE BASKERVILLE»

